

## Las espigas caídas

Abril 18. — ¡Feliz quien ha caminado por el mundo!, porque tendrá apaciguada en una cisterna la sed aventurera que muchos llevaremos insaciada a la tumba; porque ése tendrá la vanidad de sus ojos mortales repleta de paisaje perdurable, y algún día, cuando se repose en la quietud de sus últimos años, podrá desplegar, como una procesión de estandartes, las riquezas de lo que ha visto. No importa ser pobre e ignorado, ¡pero ver y sentir!... ¡hacer vivir plenamente a todos los sentidos!... Pienso con dolor en los que no tendrán otro motivo de recuerdo que el forjado y reforjado de su mundo interior. Hay quienes aman muchas veces para tener en otro tiempo muchos recuerdos; pero ¿y los que seguimos con perenne fidelidad a un alma sola, como sigue el agua la declinación de su lecho? Presentimos al porvenir, vacío como magnífica casa después de un baile y después que todos se han ido... ¡Ay!, ahora somos jóvenes y no sabemos hacer nuestra provisión de belleza para el invierno! Aquel hombre algún día hablará de las montañas con cimas violetas u opalescentes; de viejas ciudades de campanarios agudos, tejados de pizarra donde vigilan cigüeñas, portales labrados y escudados, bajo los cuales los zapateros cantan; hablará de canales de aguas negras e inmóviles, en los cuales se deslizan con pesadez repleta los balcones cargados de barriles de arenques; de la feria donde, bajo el tremolar de las banderas, alborota un cornetín a la puerta de la barraca, y los gitanos venden caballos con un manto de borlas rojas sobre el anca vibrátil; de los caminos de arena manchados de azul por la sombra de las palmeras y de las columnas, todavía en pie, de templos derruidos... Y los que le oigan recordar en alta voz, sentirán la inquietud de la maravilla abrazándoles el corazón como una corona de espinas. Ese hombre les hará el presente fascinante

y perverso de su juventud, y los que le oigan, alucinados de lo desconocido, sentirán el fastidio del apacible hogar y el yugo del deber cotidiano, siempre igual. La casa les será prisión y la ciudad en que viven y aman la única ciudad en que no valía la pena haber nacido.



Febrero, 3. — Vientos muy nuevos, que ni siquiera fueron anunciados, han dado vuelta como a una bandera flotante el espíritu universal: a la inquietud común a muchos ha sucedido la inquietud de cada uno, la *recherche de soi meme*, voluptuosa y humillante. Por eso parece que el nivel del ideal ha descendido; pero no: es que son muchos los ideales y muy distintos, como que cada uno tiene el suyo, y las cosas distintas no se pueden sumar; es que la libertad de obrar y de pensar nos ha creado más extremos al deseo, y las cosas divergentes no se pueden reunir en la igualdad de un haz lictorial. Los corazones están dispersos y hay más hombres y menos humanidad. Un resignado dolor flota sobre la época como la sombra de un día sin sol: es que tenemos más obligaciones — y vivimos más, si a cada vida se la mide por el deber. Somos más prudentes y estamos más solos. El hogar se va haciendo más cerrado y más propio: solamente los hombres frívolos son los que tienen casa abierta a todos. ¿No están en el hogar las horas de la más alta voluntad? Sola esté, pues, en él cada alma, sin mezclarse con las demás. El nuestro es el tiempo de la desunión de las almas y de la unión de la obra.



Agosto, 25. — Son las once de la noche. La luz de la lámpara amiga está muy baja y es azulada; se confunde en el cuarto con la claridad nocturna, también azulada. Y soy muy feliz. Así, inmóvil y reclinado como una de esas figuras perdidas en el fondo de un cuadro antiguo, estoy como en un equilibrio de indiferencia. . . Y me pregunto si alguna otra vez, en el tiempo que ha de venir, estaré como ahora. Entonces miro fijamente con larga y amorosa mirada a las cosas que están delante de mí, que vagas se divisan en la penumbra, para que luego no

olvide este instante y esta escena que tal vez no volveré a sentir. Esto es querer prolongar voluptuosamente la conciencia del fugitivo momento de la felicidad. Con el ansia de una despedida, miro para no olvidar, en este instante en que no ocurre nada, nada si no es mi alma que se refleja en sí misma como la quieta rama de un árbol en tranquila cisterna. Elocuente fragmento del tiempo presente es éste que, por virtud de la voluntad de querer sentirlo, parece vencer a la esperanza y ocultar a las promesas. Ya habrá tiempo para tener deseos; por ahora, arrullado en la música de este silencio, y acariciando con las miradas la seda de esta luz suave, piense sólo en adquirir un recuerdo, y preparar dignamente a la memoria, que es la morada de la felicidad.



Enero, 28. — Uno solo no es bastante para vivir: también los sucesos cotidianos de nuestro alrededor, también las palpitations sociales nos hacen la vida, que es un conjunto y una relación. Por eso substraerse al medio, soñarse en otras épocas, transportarse a un mundo ilusorio, como quien entra a una barca solitaria, es vivir a medias. Aunque es también un recurso de convalecientes, de heridos morales, al modo de ciertas plantas que necesitan la media sombra de los invernáculos. La inclinación a la soledad, al contrario de una resistencia, es una tentativa de adaptación: la realidad áspera del ambiente, demasiado fuerte o demasiado extraña para nuestro temperamento, nos llama al silencio meditativo de la soledad, donde tratamos de comprender lo que nos parece enemigo, donde podemos imaginar a nuestra manera el rostro de las circunstancias inevitables y considerarnos nosotros mismos como una circunstancia paralela. Y este aislamiento no duradero nos prepara para una adaptación consciente, para engastarnos en la vida, como una nota en una armonía... Para ver la montaña hay que alejarse de ella.



Febrero, 15. — Las luces rojizas de los faroles morían palpitantes como mariposas presas en la red inmensa de la obscuri-

dad fatídica. Lejos, las formas negras de los árboles quietos. En la calle sola se levantaban carros vacíos, con las varas en alto, y a trechos, en el suelo desigual y roto, los charcos brillaban un poco, desparramando el olor de los cadáveres. A ratos, el ladrido angustioso de un perro; y sobre una casa, la luna amarilla velada de nubes. ¡Y esa obscuridad ciega y traicionera! Sentí el molestar de la presencia de la fealdad y una desalentadora tristeza por los días que acababan en estas noches torpes. ¿Hay aquí quienes amen y sueñen? Quizás nunca llegarán hasta este harapo urbano las noches serenas, las musas de los pensamientos tranquilos... La luz es la primera de las necesidades espirituales. Hija de la luz es la esperanza. ¡A cuántos crímenes, como a fantasmas de sombra, disipa la sonrisa de oro de la aurora! Yo quisiera que en esta noche, sobre esta calle de aspecto de ruina y de abismo, en el fondo tenebroso de este cielo, se desflorase lenta en grandes pétalos luminosos, la cosa más bella que han hecho las manos del hombre: los fuegos artificiales.

ENRIQUE BANCHS.

1911.

---